

## Palabras de D. JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN

Jaun andereak:

Batere usterik gabe, hauxe gertatu zait: hitza hartu beharra zuen aurrean, gaur.

Bestela ere hemen izango nintzan, entzuteko hemen esaten zena. Baiña mahai honetara ekarri naute eta hementxe nago hitz egiteko asmoaz, etnografiaraz; batez ere euskal etnografiaraz.

Nik uste dut gauza asko direla beharrezkoak zientzi honetan, baina nahi nuke batez ere hauxe esan: Etnografia ikasi nahi duenak, euskal etnografia naiz beste populazio batena, behar duela berak bizi kultura hori.

Bizi ez baldin bada kultura horren barnean, ez du ondo ulertuko. Hau da miña bezela. Miña sekulan izan ez duenak, ez du jakingo bein ere miña zer den ongi, naiz eta ondo adierazia izan. Behar du berak bizi miña.

Hala da. Eta halaxe da ezikera ere, kultura ere, etnia bat ere. Ez baldin badu beronek bizi izan, ez du ulertuko kultura hori bere osotasunean.

Ikaskuntza hauek pizka bat aurrera joan diren tokietan, beti esaten dana hauxe da: ikertzaile batek behar duela ikasi urte batzuetan, bizi izaten ezikera hori. Geroago asiko dela esaten nola den eta beste ezikerarekin duen zerikusia azaltzen.

Bitartean ez duela gai horretaz deusik esan behar.

Orain aski da, eta erderaz asiko naiz esaten, behar bada, zuen artean askok euskeraz ez dakizute ta.

Señoras y Señores:

Me atrevo a hablar delante de un público tan ilustre, de tantas personas que han hecho estudios e investigaciones en el campo de la antropología.

En esta improvisada intervención pienso repetir, poco más o menos, lo que dije allá, el año 1956, en París, durante el Primer Congreso Mundial Vasco que se celebró en aquella ciudad. También entonces pronuncié unas palabras. Por cierto, he leído el libro que se ha publicado acerca de aquel Congreso, y en él no se hace ninguna mención a mi intervención. Pero yo sé que hablé en París, en el Palais d'Orsay. También hablé por aquellos días en la Universidad de la Sorbona, pero en esta ocasión hablé acerca de Axular.

Voy a empezar haciendo algunas consideraciones acerca de la etnografía. En ésta como en toda ciencia, es preciso empezar señalando lo que debemos conocer.

Etnografía quiere decir estudio descriptivo de la etnia. Entendemos por etnia un conjunto de hombres que tienen la misma cultura. Ahora bien, ¿qué es la cultura? ¡Oh la cultura! Cuanto se habla de ella y de qué diversas formas! Pues bien; cultura, para nosotros, es el conjunto de soluciones que el hombre ha dado a los problemas fundamentales que le plantea la vida. ¿Y cuáles son esos problemas fundamentales?

El primer problema es precisamente cómo vivir. Porque si no vivimos lo restante es superfluo. Cómo vivir, ese es el primer problema.

Un segundo problema que se le plantea al hombre: ¿cómo haré que las fuerzas de mi entorno me sirvan para vivir?

Otros problemas son: ¿cómo haré que mis semejantes me puedan ayudar?

¿Cómo me entenderé con ellos?

¿Cómo haré que las cosas sean más deleitables para mí?

Un problema más que se plantea al hombre, problema este característicamente humano: ¿Qué soy y para qué soy?

He ahí los problemas fundamentales que se le plantean al hombre. Y si la cultura como hemos dicho consiste en el conjunto de soluciones que el hombre ha ido dando a estos problemas fundamentales, ¿cuáles son esas soluciones?, ¿qué nombre tienen, cuando menos?

Al primero de los problemas, ¿cómo viviré?; la solución la da la economía en sus diversas formas: caza, pesca, ganadería, labranza de las tierras, artesanías, industrias, etc.; he ahí las soluciones. Una serie de soluciones que brotan del mismo problema: cómo viviré.

Otro de los problemas que se le plantea al hombre es: ¿cómo haré modo de que las cosas y las fuerzas de mi entorno me sirvan, cómo me las arreglaré?: Estudiando esas cosas, conociéndolas por medio de la ciencia y la técnica. He ahí otra solución.

Otro todavía, y ¿cómo haré modo de que mis semejantes me ayuden en mis quehaceres? Pues uniéndome a ellos, mediante la sociedad en sus diversas formas: familia, vecindad, pueblo..., instituciones que responden a esa necesidad del hombre.

Y además, ¿cómo me entenderé con ellos? Relacionándome con ellos mediante el lenguaje. Por tanto el lenguaje es otro elemento de la cultura.

Y ¿cómo hallaré la manera de hacer las cosas deleitables, que las cosas sean bellas? Me acuerdo de aquella definición de la belleza cuando yo estudiaba literatura. ¿Qué es la belleza?: «*Es la bondad intrínseca de las cosas en cuanto es razón del deleite que experimentamos al contemplarlas*». Esa era la definición. Pues bien, llegaremos a esa solución mediante las Bellas Artes.

Pero siempre queda una pregunta que es característicamente humana: ¿qué soy yo y para qué soy yo? Y si no se da una solución a esa pregunta, la cultura no tendría una característica humana. Pues bien, la solución es precisamente el humanismo, lo que en euskera se denomina *gizabidea*.

De modo que la economía, las ciencias y las técnicas, las diversas formas de sociedad, el lenguaje, las artes y el humanismo son los elementos constitutivos de una cultura.

Por etnia entendemos nosotros un grupo de hombres que tienen una comunidad de caracteres de civilización. Lo que viene a ser el equivalente de una cultura. Y la etnografía trata de estudiar la parte descriptiva de esa etnia o de ese grupo cultural.

Ahora bien, ¿qué buscamos al realizar una labor etnográfica? El material que debe ser estudiado por el etnógrafo es triple: objetos, actividades y representaciones o interpretaciones populares.

En todos estos hechos, el aspecto más asequible en su forma, su apariencia exterior. Por ahí, por el aspecto morfológico, empieza nuestro conocimiento de las cosas materiales. Los vestigios materiales son efectivamente los testimonios más claros y más duraderos de una cultura y deben ser estudiados en su forma, en sus elementos, como producto y como instrumento de diversas actividades.

Pero los objetos no tienen sentido si no conocemos su función. Las cosas no se conocen atendiendo sólo a su forma. Al ver un objeto hasta entonces desconocido, surge espontáneamente la pregunta: ¿para qué es eso? Queremos servir, ¿para qué sirve? ¿Cuál es su función?

Pero más aún, cada objeto y cada función o actividad, tienen desde que empieza a figurar en el mundo de nuestras representaciones, en nuestro mundo conceptual, un valor o categorema del que carece en el mundo exterior; desempeña, por tal razón, un papel frecuentemente más destacado en el complejo cultural del que forman parte y por lo tanto en el comportamiento humano.

Me refiero con esto a su valor simbólico, a su historia y a su significación en un sistema de valores, en el entramado religioso del grupo étnico y en el

de las teorías, de los mitos y de las creencias mágicas que integran la mentalidad colectiva.

En todo complejo cultural, los elementos que lo integran son hechos o soluciones de los problemas que le plantea la vida; y como tales hechos, son signos que hacen referencia a un mundo de representaciones y de intenciones fuera del cual carecen de sentido.

A este respecto me acuerdo del caso siguiente: estábamos trabajando el Dr. Aranzadi y yo, (el Dr. Eguren no estaba entonces con nosotros) en la Sierra de Aralar, haciendo investigaciones de Prehistoria. Fue en el lugar denominado Igaratza y nos ayudaban dos pastores que tenían sus rebaños de ovejas en Aralar. Estos' pastores se quejaban mucho del Secretario del Ayuntamiento de Zaldibia, que se portaba mal con ellos, que no les daba facilidades para determinadas cosas, etc. etc.

Un día salía yo de la casa donde nos hospedábamos. Era una casa de guardas que tenía la Diputación de Gipuzkoa. Cerca de ella había una majada de pastores con dos o tres txabolas. Una de ellas era de uno de los pastores que trabajaba con nosotros. Y ví que este pastor llevaba colgado de un palo un cordero. Le dije: «¿Qué, vas al pueblo? «Sí, voy al pueblo» -me respondió-. «¿Vas a vender el cordero?». «No. Voy a llevarselo al Secretario». «¡Ah!, vamos, al fin ya os habéis reconciliado, le agradeces algún favor que te ha hecho. Está bien, está bien». Me equivoqué totalmente. ¿Saben lo que me dijo? «No le llevo por agradecer nada, ningún bien me ha hecho, sino para que no me haga más daño». Por tanto se trataba no de un agradecimiento, sino de todo lo contrario.

De modo que para juzgar aquel hecho humano, el regalo que hacía, no bastaba con la configuración del hecho, hacía falta conocer la intención que iba insaculada en ello. No se trataba, como yo pensé, de un acto de agradecimiento, se trataba de un hecho, producto de un temor servil. Son las intenciones profundas las que determinan el sentido de un hecho humano, de un hecho característicamente humano.

Ahora bien, ¿cómo investigar? Ese es otro problema. Se trata en realidad de hechos humanos. La cultura es un conjunto de hechos humanos. Los hechos humanos no los conoceremos bien si no los vivimos. Ya he dicho más de una vez, que quien no ha sentido jamás un dolor, será incapaz de comprender lo que es el dolor, por bien que se lo expliquen. Hay que sentirlo, hay que vivirlo. Lo mismo sucede con la cultura. Si no la vivimos, no la podremos conocer bien.

Yo empecé a estudiar las culturas. Por de pronto me interesaban mucho las culturas primitivas, las entonces llamadas culturas primitivas de Africa, de Oceanía. Y para ello había leído muchos estudios etnológicos. Pero una ciencia puramente libresca no es bastante. Si no vivo yo aquellas culturas que trato de conocer, por bien que hayan sido descritas por los etnógrafos, no llegaré a comprenderlas. Los hechos humanos no son adecuadamente inteligibles para quien no los ha vivido. Esto me inculcó un profesor mío, Wil-

helm Wundt, profesor de la Universidad de Leipzig, ya de esto hace muchos años, allá el año 1912. Bueno, les estoy hablando así, porque ya soy muy antiguo; estoy acercándome peligrosamente a los 100 años -mientras tanto, Vds., todos los que están aquí, me gustaría que llegaran a vivir tantos años como yo-. De modo que hay que vivir los hechos humanos. Este es el criterio de base. No puede uno ponerse a estudiar las características de una cultura, mediante libros solamente. Los libros no bastan. Hay que vivir la cultura que tratamos de estudiar.

Me acuerdo, esto también es bastante antiguo, de una anécdota que me sucedió allá por el año 1922 en Tilburg (Holanda), donde se celebraba un Congreso Internacional de Etnología. En aquel Congreso tuve una intervención en francés sobre «la religión des anciens basques». Después de finalizar mi intervención, se me acercó un profesor de la Universidad de Cracovia que me dijo: «Vd. ha dado cuenta de sus investigaciones. Pero, cómo andan las investigaciones en su País?» «Bastante mal» -le contesté. «La gente se contenta con estudiar las cosas en los libros, falta la investigación de campo realizada mediante encuestas». Y él respondió: «Cuándo también Vds., como nosotros, aprenderemos a discurrir primero con los pies y después con la cabeza!». Y tenía razón. Eso es lo que hay que hacer, discurrir con los pies y después vendrá el discurrir con la cabeza, pero después. Ese es otro criterio básico. Hay otros criterios que hay que seguir también, pero todos ellos, conforme vaya desarrollándose este Congreso, irán Vds. perfilándolos para que se haga una buena etnografía.

Yo voy a dar por terminada mi improvisada intervención. Si Vds. quieren formularme alguna pregunta, acaso sabré contestar. De todas maneras quedo a disposición de Vds. afectísimo y seguro servidor.